

Los nuevos kioscos

tenemos kioscos.—Chocolate por la mañana—dirán los lectores, que sin duda ya habrán ya contemplado esas airo-
construcciones urbanas, parecidas á
torios, que tanto dieran que hablar á
ensa y tanto preocuparan á los conce-
rios y á los miembros de la Junta.
ogresamos. Tenemos asfalto, autobús,
cos y una barbaridad de novedades. Se
nce que el Sr. Benzano, no hace litera-
solamente como el Sr. Sansón Carras-
que de dos plumadas pensaba modificar
I. Los kioscos, vienen á llenar una ne-
dad muy sentida en nuestra pintoresca
dad de San Felipe y Santiago. Eran ne-
arias unas construccionas como esas para
lá la venta artículos de fácil idem, como
etas, cigarrillos etc.
ero he aquí que en vez de tal cosa, en
piaje que hemos hecho, observamos que
muchos kioscos, aparecen libros policia-
y novelas terroríficas de Carolina In-
vizio, Carlota Breamé y otros fabrican-
de cosas horribles. Resultado: que los
báticos y estéticos monumentos que,
ajaseles á algunos cambiarán nuestra fa-
ta, resultan repelentes y peligrosos has-
el punto de que para acercárseles será
nario tomar ciertas medidas profiláticas
o las que se acostumbran para evitar
pestes.

Las celebradas canastillas, que Daniel Muñoz hizo colocar para eterna diversión de los
tevideanos, serán relegadas al olvido no pudiendo competir á la competencia formidable
los kioscos. Suponemos que éstos no correrán la misma suerte de aquellas, que después
servir «pa la farra» durante un tiempo, fueron abandonados por completo y mostraron su
esqueleto ferruginoso y lamen-
table, prendidos á las indife-
rentes columnas.

Ya sé, más ó menos la suer-
te que les tocará á estos nue-
vos servidores de la comodidad
pública. Al principio, la curio-
sidad popular le dará una im-
portancia que verdaderamente
no tienen. Más tarde incorpo-
rados definitivamente á la vida
ciudadana, prestarán sus ser-
vicios. Serán olvidados por los
autobús, esos monstruos de im-
portación parisina-presidencial
que dentro de pronto, espan-
tarán transeúntes por las calles
montevideanas. Ya hemos visto
algunos, que como las casas
modernas que nos construyen,
tienen varios pisos amenazan-
tes.

Y después de los autobús,
otra cosa. La imaginación po-
pular necesita de las novedades

de ello vive. Las cosas envejecen tan prontamente que aquello que ayer nos apasionaba
nos deja indiferentes. Cada día tiene su pena y su novedad. En el fondo, á cada cosa
da su valor. Lo grande es lo eterno. Solamente lo infinitamente pequeño vive un día.
Lo único que es de desear, es que los kioscos se multipliquen por la ciudad, en vez de
tir en un número reducido.



Kiosco de la Plaza Constitución



En la plaza Independencia. Los primeros marchantes